LA ILUSTRACION
ESPAÑOLA
Y
AMERICANA.
1873.

ciones sin dejar zanjada ninguna de las cuestiones constitucionales pendientes del criterio de la comision de los treinta.

¿Se entenderá ésta decididamente con Mr. Thiers? ¿Se le complacerá con la creacion de la segunda cámara? ¿Se prorogarán sus poderes durante cuatro años? ¿Se le declarará el derecho de intervenir en los debates parlamentarios?

Esos son los secretos del porvenir: pero ateniéndose á los datos suministrados por los periódicos parisienses, parece indudable que la conciliacion completa entre el Presidente de la República y la Comision de los treinta, será un hecho dentro de poco.

M. Thiers, á cuyo claro talento no se le ocultan las terribles consecuencias de una escision grave y profunda con la mayoría, ha otorgado ya concesiones, que ampliará más en lo sucesivo; resignándose á perder una parte del autocrático poder que ha ejercido durante muchos meses, y rompiendo intimidades peligrosas con los elementos revolucionarios.

Entónces, y sólo entónces, se conseguirá establecer un gobierno sólido y permanente, tan capaz de enfrenar al partido demagogo, como de devolver á la nacion la tranquilidad y el reposo.

***

Si la política *chome* en Francia, no sucede lo mismo con la moral, que cada dia nos da nuevas muestras del deplorable estado en que se encuentra.

Un gobierno verdaderamente previsor é ilustrado deberia dedicarse sin descanso á perfeccionar la educacion, base eterna de las buenas costumbres. Eso es lo que no han comprendido ni practicado los que se han sucedido en Francia durante el imperio de Napoleon III, y ahora se aprecian y se tocan los funestos resultados de tamaña negligencia.

Cada dia los diarios parisienses nos cuentan escandalosas historias de crápula y libertinaje; cada dia nos traen detalladas descripciones de crímenes misteriosos, de asesinatos horribles, de suicidios inexplicables.

Ya es un marido que dá muerte á su mujer porque la encuentra en casa del amante; ya es un criado que envenena á su amo para robarle sus riquezas; ya es por último, un jóven, favorecido con los dones de la fortuna, que se suicida al verse abandonado por una cortesana abyecta y despreciable.

¿Quién no ha oido hablar de Cora Pearl, que ha tenido la audacia de publicar sus Memorias; que ha aspirado á todas las celebridades; que se ha complacido en todas las infamias?

Ella es la heroína de los últimos dias en París; ella ha hecho fijar sobre sí las miradas de la Europa entera; ella, en fin, ha tenido la gloria de que M. Duval se levante en su presencia de la tapa de los sesos, desesperado porque preferia á otro hombre más rico y más feliz.

Tal ha sido la impresion producida en aquella capital por este maudito suceso, que el Gobierno ha expulsado de Francia á Cora Pearl, la cual habrá emigrado á Inglaterra, su país natal, á hacer ostentacion de su opulencia y de su fausto, debidos á medios tan vergonzosos y tan criminales

EL MARQUÉS DE VALLE ALEGRE.

28 de Diciembre de 1872.

NUESTROS GRABADOS.

HOMERO.

Bien está en la página primera del nuevo tomo, que hoy inauguramos, de LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA, semanario dedicado á las letras y las artes, el busto del insigne autor de la *Iliada*.

Detrás de Homero nadie se creerá humillado; en compañía de Homero todos recibirémos quizás un ténue reflejo de la purísima aureola de gloria que rodea la frente augusta del poeta griego.

¿Qué diremos de aquel genio colosal que ya no sepan nuestros ilustrados lectores?

Admirado, aun en sus obras, recogidas por Pisistrato é Hiparco en el siglo VI ántes de Jesucristo; tan extraordinarias parecieron á algunos críticos de tiempos posteriores, que no faltó, en verdad, quien negase la existencia del inmortal autor de la *Odisea*, ya que casi todas las ciudades de la antigua Grecia se disputaban el honor de haber guardado su cuna, y atribuyese aquella á los poetas cíclicos.

Y sin embargo, la envidia creó contra Homero un Zoilo—*Homeromastix*: el azote de Homero—y el gran genio de la Grecia apuró hasta las heces, en esta vida miserable, el cáliz de la amargura.

¡Triste destino el del genio!—Así tambien le apuraron despues otros genios, porque la envidia azuzó contra ellos nuevos Zoilos.

Por lo demas, el busto que copiamos en el lugar citado existe en la Academia de Nobles Artes de San Fernando.

Todas las academias del mundo civilizado, todos los hombres que amen las letras y las artes tributan y tributarán siempre un sincero homenaje de veneracion á la memoria del poeta griego.

PARÍS.—LA OFICINA CENTRAL DE CORREOS EN EL DIA DE AÑO NUEVO.

Vieja costumbre es en la capital de Francia el acto de felicitarse mutuamente, por medio de tarjetas, los parientes y amigos, en el celebrado dia de los *étrennes*, de Año nuevo.

Por todas partes se observan los detalles que forman el variado conjunto de una costumbre popular tan arraigada: si en los salones aristocráticos se celebran suntuosas fiestas, y en otros más modestos reuniones de familia, alegres y sencillas, en las calles, en los paseos y en los *boulevards* se tropiezan los que van de un lado á otro con todos esos objetos que excitan en los dias de los *étrennes* la codicia de los pequeñuelos.

Es tal la costumbre de celebrar en París la fiesta de los *étrennes* de Año Nuevo, que durante el año 1871, aun sufriendo todos los rigores del sitio, no se olvidaron los parisienses de conmemorarla dignamente.

Pero lo curioso es observar el cuadro que ofrece en tal dia la oficina central de Correos, situada en la calle *Jean Jacques Rousseau*, cuando se hace la conveniente clasificacion de cartas y tarjetas, para distribuirlas á los carteros de aquella populosa capital.

El dibujo de la pag. 4, remitido por uno de nuestros corresponsales en París, representa el interior de una sala en tales momentos; pero ¿quién puede formarse idea del movimiento febril, convulsivo, que allí reina?

Por todos lados se distinguen verdaderas montañas de sacos y paquetes que guardan las tarjetas recogidas, y entre ellos apénas aparecen los empleados como si fueran movidos por una fuerza eléctrica para colocar cada uno de los pliegos en la casilla correspondiente, hacen los paquetes, encierran éstos en los sacos, y luégo los distribuyen á los carteros, ya preparados para recibirlos y salir en seguida á llevar los mensajes de felicitacion á todos los extremos, hasta el rincon más escondido, del populoso París.

Para comprender este cuadro, que no puede retratar el lápiz ni describir la pluma, bastará tener presente que en el 1.º de Enero del año que acaba de trascurrir, se repartieron con toda puntualidad, dentro de las veinte y cuatro horas del dia, más de un millon de tarjetas y cartas.

FERRO-CARRILES ELEVADOS, SISTEMA GILBERT.

En ciudades como Nueva-York, donde el tráfico comercial es tan importante, y el tiempo, segun el conocido aforismo inglés, vale más que polvo de oro, un sistema de locomocion y traslacion que anule, por decirlo así, las distancias, es por sí solo un principal elemento de riqueza.

A la necesidad de conseguirlo, que reconocen todos los que en aquella metrópoli se dedican á la vida activa del comercio, responde el ferro-carril elevado, invencion del ingeniero Mr. Rufus H. Gilbert, que representan nuestros dos dibujos de la pág. 5.

El inventor se propone unir los principales centros de la poblacion y de sus afueras, desde la Bolsa hasta el muelle y otros puntos de contratacion y comercio, por medio de una via férrea que esté sostenida sobre grandes y sólidos pilares de silleria y hierro, á la altura necesaria para que no se impida el tránsito por las calles.

Aun no han comenzado los trabajos para realizarlo, pero Mr. Gilbert presentó al Senado, en la última legislatura, su atrevido proyecto, que fué acogido con el interes que realmente merecia.

De aquí resultó la formacion de una sociedad anónima, cuya razon social es *The Gilbert elevated Railway Company*, que se propone ejecutar la obra ideada por el hábil ingeniero.

Este ingeniero, Mr. Gilbert, es el mismo que inventó tambien un sistema de ferro-carriles pneumáticos (*The elevated pneumatic Railway*), que no llegaron á establecerse.

«LA FE», CUADRO DE MR. W. C. DOBSON.

Poco tiempo hace que los periódicos ingleses anunciaron que el afamado pintor Mr. W. C. Dobson habia sido elegido académico de la Real de Bellas Artes de Lóndres (*Royal Academy*), y encomiaban á la par el bellísimo cuadro del citado artista, que habia sido presentado al público en los salones de aquel instituto artístico.

Hoy tenemos el gusto de ofrecer en la pág. 8 á los suscritores de LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA una hermosa copia de la celebrada obra que acaba de brotar del pincel de Mr. Dobson.

Titúlase *La Fe* (*Faith*), y confiesa su autor que para trazar esa admirable cabeza, en cuyos ojos se nota una sublime expresion de entusiasmo religioso, de sinceridad cristiana, se ha inspirado en el capítulo undécimo de la epístola de San Pablo á los hebreos.

NARANJERO DE ALGEZARES (MURCIA), CUADRO DE DON EDUARDO ROSALES.

Un nuevo cuadro del laureado autor de *El Testamento de Isabel la Católica* es siempre un acontecimiento de verdadera importancia; por eso nos apresuramos á ofrecer á nuestros suscritores el grabado de la página 9, reproduccion fiel de un lienzo de pequeñas dimensiones, pero de gran valor artístico, que acaba de pintar el Sr. D. Eduardo Rosales.

Representa, segun se ve, un naranjero algezareño, uno de esos populares tipos de la huerta de Murcia, que conservan todavía en sus rostros atezados y expresivos, en sus ojos inquietos, en sus trajes y hasta en sus costumbres, ciertos rasgos característicos de la briosa raza de sus progenitores, los árabes andaluces.

El dibujo es correcto, el colorido brillante y el retrato acabado.

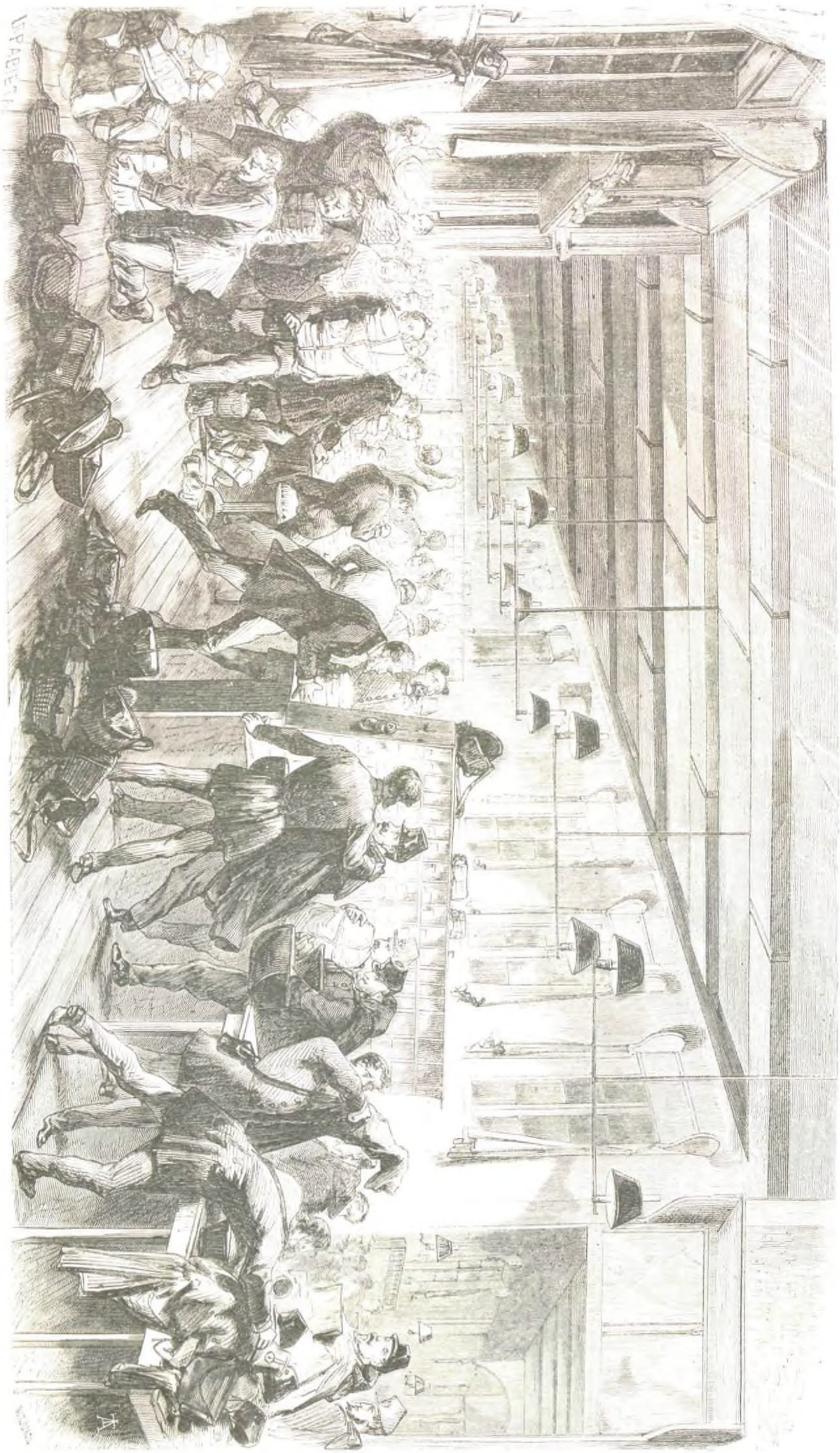
BÚRGOS.—CLAUSTRO GÓTICO DEL MONASTERIO DE FRESDELVAL.

¡Cuántos monumentos artísticos é históricos, testigos elocuentes de la piedad é ilustracion de nuestros mayores, viejas enseñas que conmemoraban una epopeya de glorias y grandezas de la patria, han desaparecido para siempre en estos últimos tiempos!

Si un rayo devora *el templo en el aire* de Covadonga, la incuria de los hombres permite que se desplomen las bóvedas sagradas de Poblet sobre el sepulcro de don Jaime *el Conquistador*,

> «. . . . . El rey más grande
> que tuvo el mundo cristiano»,

segun el dicho de un poeta esclarecido; si otro rayo amenaza reducir á cenizas el Escorial, esa página de mármol en que está escrita la historia de un gran monarca, la incuria de los hombres permite tambien que



PARIS.—La oficina central de Correos el dia de Año Nuevo.

se construyan caminos vecinales, las piedras del anfiteatro de Ri ca...

El suntuoso monasterio de delval, situado en un hermoso no léjos de Búrgos, la antigu *put Castella*, es hoy igu desdichada víctima del alb de la incuria de los hombr existen aquellas altas sostenian anchas naves con gótico follaje y m teria; ya han desapare venerandos mausole han los huesos de l Pachecos; ya aparec triste hiedra los m claustro principal del retrata nuestro segund la pág. 12.

¡Triste destino el de monumentos españoles!

La iglesia de Santa Cruz de C gas, único testimonio histórico la existencia de Favila, hijo gran Pelayo, estaba hace pocos convertida en establo de vaca monasterio de Fresdelval, la ifica fundacion de los Padilla, arruinada, es ahora una fábrica cerveza!

COMPARSA ALEGÓRICA, REPRESENTANDO LOS NUEVE E DE COLOMBIA.

Los periódicos que hemos r do últimamente de la América Sur contienen largas descripci de las fiestas que se han celeb en várias capitales en el dia ani sario del natalicio del primer p dente de la república de Colo general D. Simon Bolivar.

Sin duda á las celebradas gotá se refiere el primer dibuj página 12, traslado de una fo fia que nos ha remitido el Sr. José Miguel de Vas, represen una comparsa alegórica, en l figuraban nueve lindas señorit aquella capital, en represent de los nueve Estados de la rep ca colombiana.

No solamente en Bolivia y lombia, sino en Chile, Perú, Ven zuela y otras repúblicas sud-am canas se ha conmemorado con plendidas fiestas el nacimiento Bolivar, y en las celebradas en racas ha ocurrido la circunsta especialísima de que con tal m se encontraran unidos, por pri vez despues de la independen la América española, los pabel de Castilla y Venezuela.

CRÓQUIS INÉDITOS DE V. BEC

Otros apuntes artísticos bum del malogrado V. Béq mo los que ya hemos publica números anteriores de LA I CION, son los cinco dibujos qu mos en la pág. 13.

A primera vista se reconoce ellos los perfectos retratos *d nature* de tipos populares de la vincia de Avila: el *tamborilero* aldea, personaje indispensable fiesta del santo patron del pue aldeanas y aldeanos con sus caracterísicos.

Sabidoes que el infortunado quer, observador concienzud bujante correcto, se comp llenar las páginas de su álb tístico con dibujos de este

E. MARTINEZ DE V

LA ANTIGUA MURGI.

AL SEÑOR DON EDUARDO SAAVEDRA.

Mi estimado compañero y amigo: El excelente artículo que usted acaba de publicar en LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA de 1.° de este mes, me incita á tomar la pluma en vísperas de reunirme á usted y demas colegas de Academia. A los que miramos con aficion y hasta con entusiasmo los progresos de la geografía comparada, nos saca de quicio cualquier paso dado en ese intrincado terreno, en que tanto tenemos que hacer los españoles, si hemos de depurar certeramente la correspondencia de los pueblos antiguos de nuestro país, con especialidad de las ciudades romanas.

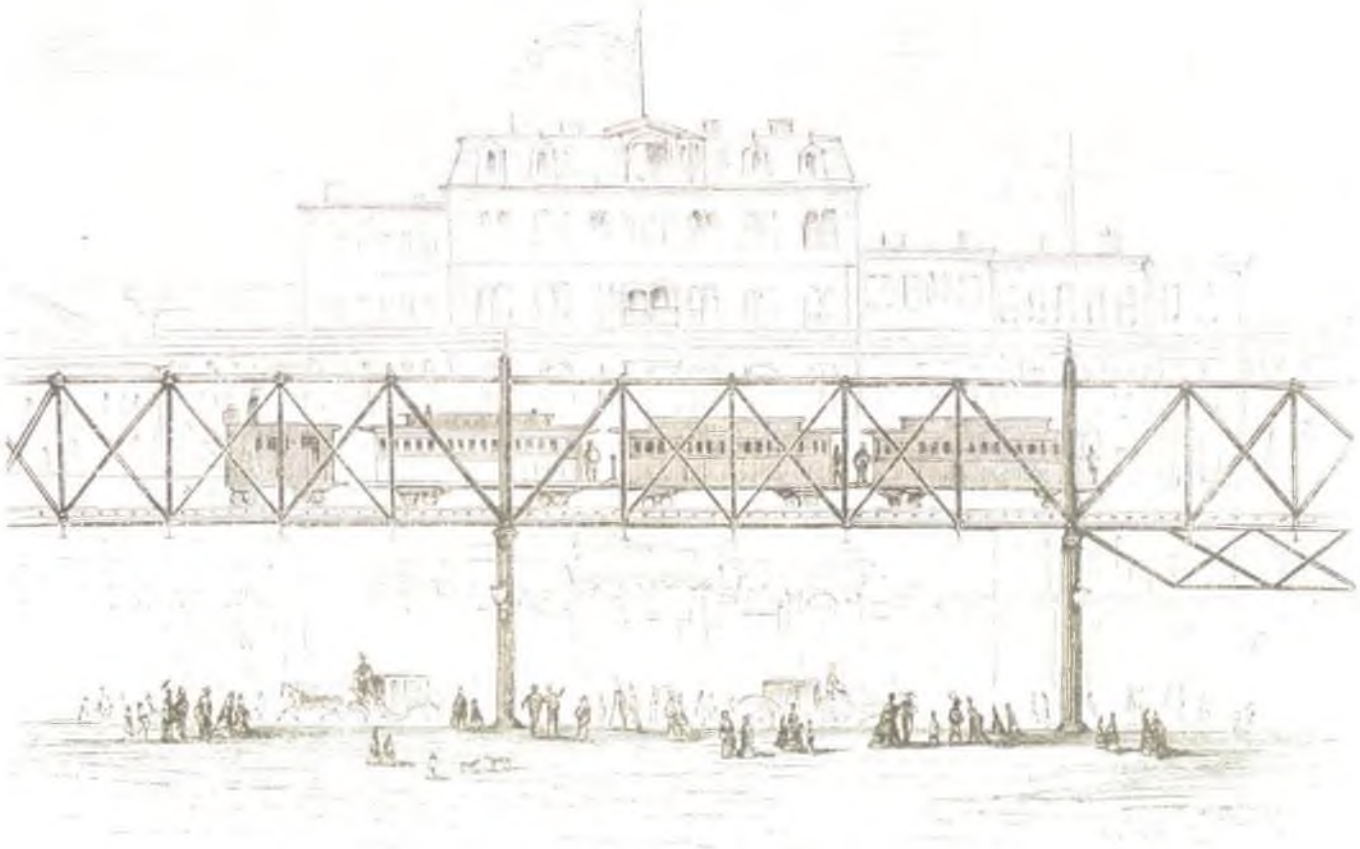
Grandes servicios están prestando por excitacion de usted los ingenieros de caminos, y de esperar es que les ayuden en la tarea los del ramo de minas, á quienes tambien usted aguija. La lápida completa y clara que el señor Saenz de Santa María ha encontrado en el campo de Dalias ha decidido á usted, como buen sabio que es, á que mude de opinion respecto á las mansiones de *Urgi* y *Murgi*; pues va á hacer diez años que en el discurso de ingreso en la Academia de la Historia, á que acompañó usted un famoso mapa itinerario de la España antigua, describiendo las vías del de Antonino, ponia usted á *Urgi* en Dalias y á *Murgi* en Polopos: y ahora, á virtud del nuevo hallazgo, cree que *Urgi* ó *Virgi* estuvo entre Huercal y Pechina, y *Murgi* en el Campo de Dalias.

No intento razonar ni discutir sobre los fundamentos de ese estimable artículo y mapa que lo ilustra; mi objeto hoy se limita á hacerle un recuerdo y un ruego.

El recuerdo (y lo llamo tal, porque demasiado sabe usted lo que voy á decirle) se reduce á que no olvide en estos estudios áridos y fatigosos aquellas reglas críticas, tan justificadas por la experiencia de los anticuarios y la suya propia, á saber:

Que los geógrafos antiguos, ya escribieran desde léjos y por relaciones, como Eratóstenes y Ptolomeo, ya viajando por los países que describieron, como Plinio y Piteas, no pudieron conocer con precision todos los por-

NUEVA-YORK.—FERRO-CARRIL DE ELEVACION, SISTEMA GILBERT.



Sección longitudinal.

Vista en perspectiva.

menores topográficos, y necesariamente hubieron de cometer errores respecto de algunas localidades. Con medios y facilidades, que aquellos no tuvieron, yerran los modernos que escriben de geografía general ó corográfica, cual me ha sucedido á mí en el *Manual* de España, al señor Merelo en su *Geografía*, á Madoz en su *Diccionario*, etc., etc. Luégo debemos irnos con pulso ...ser, interpretar y valorar los textos de los geógra... mayores y más respetables.

...e la diversidad de lenguas y dialectos en que los ...ores topográficos se escribian y pronunciaban por ...turales y extranjeros produjo necesariamente alte... ...ciones y confusion; ora creyendo poblaciones distin... á las que tenian dos ó más nombres; ora juzgando ...a sola ó dos ó más homónimas. Antonino escribe *...rgi*, Ptolomeo y Plinio *Murgis*: en Pomponio Me... ...nos leen *Ex*, otros *Hexi*, Plinio y Ptolomeo tienen ...*xi*, Ateneo *Sexitania*, y en Antonino *Sexetanum* y *Sacetanum*. ¿A qué multiplicar los ejemplos si están ...dagados los códices de variantes, y de nomenclatura ...versa los autores?

Que las ciudades romanas, despues de la invasion y ...ninacion de los godos, y más tarde de los agarenos, ...rieron tales trastornos, que la piedra y materiales de ...unas derruidas sirvieron para edificar otras más ó ...enos cercanas. ¿Dónde fueron á parar los muchos si... ...res del gran puente del Tajo en la via de Compluto Cartago nova? y los materiales de *Recopolis* ¿dó es... ...? De aquí que no todas las lápidas y monumentos ...rrespondan al sitio en donde últimamente aparecen. ...iedra miliaria existe á docenas de millas del sitio de ...a via en que fué colocada.

Cuanto acabo de decir no tiene por objeto debilitar en lo más mínimo las apreciaciones atinadas que usted hace, sino recordarle las dificultades y dudas de los actuales métodos, á fin de llamarle la atencion hácia el procedimiento que juzgo más eficaz y expedito para ...strar nuestra geografía romana, como explicaré al ...al de estos precipitados renglones.

Entre tanto, note usted que el geógrafo español Mela, ...tural y residente de ese mismo litoral de la Bética, ...hace mencion de *Murgi* en el capítulo VI del libro II, ...a que describe la costa citerior de España, nombrando solamente á *Virgi*, *Abdera*, *Suel*, *Ex ó Hexi*, *Menoba* y *Malaca*; y eso que escribia el siglo anterior al en que Lucio Emilio Dafno donó las termas y obsequió á los murgitanos. Este silencio acaso proceda de que la ...dad no estuviese sobre el mar, cuyas riberas él ...nor recorre, sino tierra adentro: lo cual más favorece la ...pinion de Ptolomeo que la de Plinio.

Note usted tambien que las divergencias entre los ...critores de antigüedades acerca de la situacion de *...rgi* no se han limitado al espacio comprendido en... ...re Polopos y Mojácar, pues Clusio todavía la llevó ...más al Oriente hasta la ciudad de Murcia.

Y note usted, por último, que Baudrand, adicionando y rectificando á Ferrario, opina que hubo dos *Mur*... ...no muy distantes una de otra, expresándose en los ...uientes términos:

«Murgis, Murgi Antonino, oppidum Hispaniæ ge... ...nuum: unum maritimum, in Hispaniæ Tarraconensis Baeticæ confinio, in ora regni Granatensis, *Moxacra* die, testibus Floriano et Mariana, inter Virgi ad ...um 2. et Charidemum promontorium ad occasum 3. ...ueis. Alterum oppidum olim Baeticæ, nunc pagus reg... Granatensis, *Murga*, teste Mariana.»

Es decir, que *Murgis*, ó, segun Antonino, *Murgi*, es ...nbre de dos lugares de España; uno marítimo, en el ...fin de la España Tarraconense y de la Bética, en la ...sta del reino de Granada, hoy llamado *Moxacra* (Mujácar) al decir de Florian y de Mariana, entre Vir... ...i, dos leguas al Este, y el promontorio Caridemo, tres ...guas al Oeste. El otro, en lo antiguo pueblo de la ...tica, es actualmente una aldea del reino de Granada, ...mada *Murga* segun Mariana.

¿Cómo resolver tantas dificultades y echar un rayo ...luz clara sobre tanta oscuridad? Creo, mi amigo, ...e lo mismo en la cuestion de *Murgi* que en cuantas ...refieren á las demas poblaciones de la España roma... ...na, el plan más aceptable y de resultados es el que pro... ...se á nuestra Academia de la Historia en escrito de 20 Setiembre de 1853, nueve años ántes de que usted ...azára el apreciable mapa itinerario de la España ro... ...mana, parte del erudito discurso, en que usted demos... ...á con cuánto acierto le asociaba á sus tareas aquel ...po literario.

...a experiencia nos enseña cuán poco y con qué len... ...d se ha adelantado en estos estudios por el método ...sultar y concordar los escritores de la antigüe... ...y analizando monumentos y testimonios aislados. ...uestra época de empuje permite resignarse á ese ...so de tortuga, ni hoy cabe desconocer que hemos lle... ...do mal camino. El asunto no ha llegado aún al pe... ...me convenga el análisis tópico, sino la sinte... sis que todo lo abarque: se requiere un plan general y bien ordenado de exploracion, una campaña en grande escala de investigacion, que enlazando los descubrimientos entre sí, dé fuerza mayor á las comprobaciones lógicas y críticas que del todo se deduzcan. En una palabra, persisto en la idea de que, en vez de examinar aislada y parcialmente estas ó las otras ruinas, aquellos ó aquestos rastros de poblaciones antiguas, lo que importa es hacer una exploracion científica itineraria sobre el terreno mismo, reconocer el trazado de cada una de las grandes vias militares y pretoriales, que por los Pirineos venian desde Roma hasta los extremos occidentales de la Península, hasta Gades, Olisipone y Brigantium, y fijando exactamente aquella red en el mapa actual de España, irémos depurando cada una de las mallas y puntos que la constituian.

Ya expuse en mi escrito de 1853, y usted lo tendrá observado mejor que yo, que esos caminos artificial y costosamente calzados con piedras de varios tamaños, muy gruesas algunas, conservan al cabo de veinte siglos trozos casi enteros, otros, aunque destruidos, manifiestos, y muchos más que, á pesar de la descomposicion por el cultivo del terreno, dejan ver aún el detritus de los materiales, formando majanos, hitos ó una faja bien diferente al suelo nativo sobre que se construyeron. Así es que, no obstante las lagunas que quedan en barrancos y valles de tierras flojas, por haberse llevado dichos resíduos las aguas torrentosas, ó por haberlos enterrado capas de aluvion sobrepuestas, subsisten puntos anteriores y posteriores en la direccion general de la via, por los que puede conocerse el verdadero trazado y los pueblos y despoblados que atravesaba.

Pues siendo ello así, como lo es, á usted, amigo don Eduardo, me dirijo, y hágole el ruego, fin esencial de la presente carta: porque le reconozco ahora, mejor que nunca, en posibilidad de hacer un señalado servicio á nuestra geografía comparada. Y no se ruborice usted de que le considere actualmente como una eminencia, como un gran poder, capaz de tamaña empresa, que las razones en que me fundo son obvias, como éstas:

Ser usted peritísimo en el asunto por sus estudios especiales y por la devocion con que á él se consagra.

Contar con una falanje entendida de ingenieros civiles, sus camaradas, esparcidos por las provincias y al frente de las obras públicas del Estado.

Tener influencia grande en los centros oficiales que más se relacionan con estas materias.

Reunir, en fin, la mayor copia de elementos en cualquiera empresa necesarios: ciencia, poder y entusiasmo.

A usted me dirijo, repito, á fin de que promueva una pacífica cruzada histórico-anticuaria, que acredite en sus primeras jornadas la bondad del sistema, y que corone la obra con los frutos científicos que espero. Quisiera inocular en usted la confianza que el plan me inspira, y estoy seguro del buen éxito. Lo que no es dado á otros particulares estudiosos, lo que no ha estado en manos de la Academia, se halla indudablemente al alcance de usted.

Una asociacion de ingenieros de caminos y de minas de todas las provincias, apoyada por la Direccion de Obras públicas y enterada por usted del pensamiento y de la forma de ejecutarlo, lo llevaria á cabo con gloria y sin dispendios.

Acepte usted, mi estimable compañero, esta invitacion, y si lo hace, esté seguro del servicio importantísimo que prestará á la historia patria, y del parabien que le darémos los especialmente aficionados á la geografía de nuestro país.

FERMIN CABALLERO.

Barajas de Melo, 6 de Diciembre de 1872.

LAS APARIENCIAS.

Hay una escuela ó una secta, ó por lo ménos una teoría filosófica, que fundándose en la observacion de que las sensaciones no están en los cuerpos que las producen, sino en los órganos que las reciben, ha sacado por consecuencia que nada tiene en el mundo realidad efectiva, que todo está reducido á meras apariencias.

El color es como una superchería de los ojos.

La música una mera adulacion de los oidos.

Los perfumes recreos imaginarios del olfato.

El sabor una engañifa de nuestro paladar.

Y la aspereza y la suavidad, puras embusterías del tacto.

El dolor que experimentamos al chocar violentamente cualquiera de las partes de nuestro cuerpo con otro cuerpo extraño, es hasta cierto punto una quimera, y si apuramos el razonamiento, vendrémos á parar en que sentimos el dolor, permítaseme la desvergüenza, porque nos da la real gana de sentirlo.

No se les concede á los cuerpos más cualidad propia que la de la extension, y todas las demas circunstancias, digámoslo así, que en ellos advertimos, es pura traspantoja.

En nuestros órganos está exclusivamente el secreto de toda esa fantasmagoría de sensaciones con que los objetos nos engañan, merced á la traidora connivencia de nuestros sentidos.

Sacando estas averiguaciones científicas de las altas regiones especulativas de la filosofía, y trayéndolas á este mundo en que vivimos los simples mortales, podrémos advertir la variedad de engaños con que llenamos de atractivos las tristes soledades de la vida, para caminar alegremente por las asperezas de este valle de lágrimas en que hemos nacido.

Se acusa á nuestro siglo de ser ferozmente positivo, horriblemente despreocupado, y como ninguno tenaz en el empeño de extraer y suprimir la sustancia real de todas las cosas.

Parece que desdeña las ficciones de la poesía, las ilusiones estéticas del arte, las fantásticas creaciones del ingenio. No es un siglo heróico, ni un siglo pastoril, ni un siglo caballeresco, ni un siglo religioso; es, digámoslo así, un siglo científico, que todo lo analiza, que todo lo descompone, que todo lo explota: es el siglo del tres y dos son cinco.

He dicho que es un siglo científico, y debo advertir que esta calificacion sólo le corresponde en el sentido de haber aplicado la ciencia á la industria.

Pues bien: si es así en el fondo, en su aspecto hay algo de teatral, mucho de relumbron, bastante de bombo y platillos; si bien se mira, no es oro todo lo que en él reluce, y es bastante más el ruido que las nueces.

Pero no es mi propósito en este instante entristecer el ánimo del lector descubriendo á sus ojos deslumbrados las vanas apariencias de gloria, de prosperidad y de civilizacion con que se viste nuestro siglo. Estamos, y hé aquí la única realidad que en este punto descubro, presenciando una gran comedia, y seria una crueldad desvanecer la ilusion de los espectadores advirtiéndoles que los personajes que la representan son meros comediantes, pura ficcion sus palabras, sus acciones y sus sentimientos, y mentirosa perspectiva el pomposo lujo del aparato escénico.

Mi intento es únicamente advertir que este siglo, tan positivo y tan práctico, es al mismo tiempo soberanamente frívolo y pasmosamente crédulo.

Por un singular contraste de las cosas, el siglo de la razon ha producido generaciones de hombres especialmente entregados á las alucinaciones de los sentidos.

Esto es, á las supercherías de los ojos, á las adulaciones de los oidos, á los recreos imaginarios del olfato, á las engañifas del paladar y á las embusterías del tacto; en una palabra, á todas las mentirosas apariencias de la sensualidad.

Ahora bien; yo hago un razonamiento desconsolador, y digo:

Si las delicias que gozamos son falsas, nuestra felicidad no puede ser verdadera.

No obstante, parecemos dichosos, porque hemos refinado y multiplicado los placeres, y los placeres son las apariencias de nuestra dicha.

Parecemos dichosos, y hemos llegado á creer que lo somos, porque al fin, sea como quiera, nuestra ambicion es bastante razonable, se contenta con las apariencias.

Acaso—perdonad este arranque de sensibleria—acaso, digo, no hay más felicidad positiva en la tierra que aquella dulce satisfaccion que nos proporciona los tiernos sentimientos; mas..... ¿quién cree ya en semejante cosa?

Es indudable que la dicha no está vinculada en la riqueza; no consiste en la refinada comodidad de los muebles que nos rodean, ni en lo exquisito de los platos que se sirven en nuestra mesa, ni en el delicioso *confort* de nuestra casa: la envidia y la codicia se equivocan grandemente si por estas apariencias de dicha creen que la felicidad ha de andar en coche.

Todo eso será un placer ó muchos placeres; pero ya no nos es posible prescindir de ellos; despojadnos por un momento de esas apariencias de dicha que poseemos ó que ambicionamos, y no sabrémos vivir, no encontrarémos en nuestro corazon la deliciosa compañía de los bellos sentimientos y huirémos atribulados de sus espantosas soledades.

Y no hablo con los que dejándose arrastrar por el torbellino del mundo se agitan incesantemente movidos por la imperiosa inquietud de las disipaciones; me dirijo más bien á esos corazones en los que parece que la providencia ha grabado más fuertemente el sello de los sentimientos delicados.

BELLAS ARTES.—*Naranjero de Algezares*, en la huerta de Murcia; cuadro de Rosales, dibujo del mismo.

todos los mares del globo? No lo parece. Entónces, cuando un solo sentimiento era el de todos los españoles, cuando hablaban una sola lengua, y su dulce sonido se oia en ambos mundos; cuando las palabras tenian su propia y genuina significacion, cuando las disputas, las querellas eran extranjeras, y el amor, la fraternidad, la union, españolas, el pueblo, la nacion, el conjunto era fuerte, digno, respetable, temido y admirado de los extraños, dechado de virtud en lo presente y ejemplo para lo futuro.»

Despues se extiende en largas y atinadas consideraciones acerca del particular, emitiendo ideas nuevas y felices sobre el influjo que las revoluciones tienen sobre el idioma, explicando la formacion del nuestro: vuelve los ojos á los tiempos en que España era envidiada de los demas paises, y escribe estas bellas y patrióticas palabras:

«Si los hijos y los nietos han visto á la patria decaida y humillada, y con desden tratada por codiciosos extranjeros, los abuelos y los padres contemplaron orgullosos la pujanza de aquella tierra cuyos reyes y ministros así disponian de las ajenas como defendian la suya, guardándola sin menoscabo. La soberbia Inglaterra gobernada estuvo por un rey español, y la corona de España, con la mano de la inmortal reina doña Isabel I, solicitada por un gran número de príncipes, los primeros de Europa.»

***

Es imposible, despues de leer las anteriores líneas, dejar de experimentar un sentimiento de profundo desaliento y de dolorosa amargura. Enfrente de la gloriosa época que cita el Sr. Benavides, podemos colocar otra más reciente, en que esa corona tan poderosa y codiciada ha sido puesta poco ménos que en pública almoneda; en que ofrecida por todas partes, y en todas rechazada, ha venido á parar á las sienes de un jóven extranjero, poco conocedor de las necesidades del pueblo que debia regir, poco á propósito para cerrar sus heridas y para remediar sus males.

El ánimo se aflige, el corazon se apena, el rostro se enrojece al advertir nuestro relajamiento presente; al comparar siglo con siglo; al examinar nuestra actual postracion y decadencia, y la antigua consideracion y prosperidad de que gozaba España.

Para consolarnos no nos quedan sino los recuerdos de tiempos remotos; para consolarnos sólo podemos tornar la vista á otros más afortunados.

Sigamos al Sr. Benavides; oigámosle hacer el debido panegírico de los dos repúblicos insignes á quienes sucede; escuchémosle enumerar los títulos que ambos tenian á la inmortalidad.

El uno poseia cuantas dotes y circunstancias puede reunir un sér humano; era poeta esclarecido, autor dramático notable, filósofo distinguido, orador parlamentario de primer órden.

Sus obras se llaman *El Espíritu del siglo* y *La Conjuracion de Venecia*; *Doña Isabel de Solís* y *Edipo*; *El Libro de los niños* y *Aben-Humeya*; tan distintas, tan opuestas, tan antitéticas entre sí.

La generacion que creció á su lado ornó de laureles su frente; la que ha venido despues de su muerte todavía respeta y venera el nombre de Martinez de la Rosa como el de un gran patricio y un escritor grande.

***

El otro era Gonzalez Brabo, que bajó al sepulcro ayer, y cuya existencia agitada y tempestuosa no puede aún juzgarse friamente; pero considerándole segun el Sr. Benavides lo ejecuta, no como hombre de estado, sino como orador, es imposible dejar de hacer justicia á sus relevantes cualidades.

Várias fueron las campañas parlamentarias en que se hizo admirar; pero ninguna como la que sostuvo en los dias siguientes al 10 de Abril de 1865, y que cita con merecido encomio el discurso en que nos ocupamos. Su autor toma motivo de aquellas sesiones memorables para ponerlas junto á las más gloriosas para la tribuna española, y para comparar, en fin, á Gonzalez Brabo con preclaros oradores de épocas remotas y cercanas.

Esta es la parte mejor de la disertacion, porque en ella hace gala el Sr. Benavides de sus conocimientos en la materia, de su criterio siempre justo, de su ingenio siempre agudo, de su estilo siempre castizo y elegante.

No queremos renunciar al gusto de trasladar aquí algunas líneas de las que dedica al poder de la palabra:

«La elocuencia, dice, en todos tiempos ha sido arte poderoso para gobernar los pueblos; nació con las sociedades, y áun las más imperfectas presentan en la historia claro testimonio, pruebas irrecusables de haberla conocido. El más valeroso, como el más elocuente, fué capitan, cacique, tribuno, rey. No hay pueblo alguno que no la haya cultivado, pues desde muy remotos tiempos ha sido la elocuencia origen noble y legítimo de las riquezas, de los honores y del poder. A la fuerza de los grandes imperios, al millon de guerreros que seguian á Xerges ó á Filipo, las repúblicas griegas opusieron sus oradores: por el pronto los métos vencieron á los más. A las armas romanas ayudó grandemente la elocuencia; sus primeros oradores fueron generales; César reunió las dos cualidades, hasta el punto de ser admirado por los oradores modernos y envidiado por los generales de todas las zonas y regiones del mundo.»

***

De este modo, con los ejemplos de lo pasado, con la memoria de lo presente, citando los nombres de Demóstenes y de Argüelles, de Ciceron y de Toreno, enumerando lo que unos y otros alcanzaron con la palabra, logra el Sr. Benavides demostrar el influjo de la elocuencia parlamentaria, que ha proporcionado á tantos varones insignes, en lo antiguo y en lo moderno, el don precioso de la inmortalidad.

De este modo ha conseguido el sabio Director de la Academia de la Historia que su discurso ofrezca interés y atractivo á toda clase de oyentes; que fuese aplaudido el dia en que lo leyó, lo mismo por blancas y delicadas manos, que por otras aguerridas en el manejo de la pluma; en fin, que igual aprecio merezca al pensador y al erudito, al político y al filósofo, al apasionado á los escritos graves y profundos que á los que lo son á los amenos y agradables.

Es el privilegio del talento, sobre todo cuando es flexible y variado, y cuando, como acontece al Sr. Benavides, se halla sazonado por una instruccion vastísima, por un gusto exquisito, por un criterio sano.

***

No inferior ciertamente en mérito, es empero muy diferente en la forma la respuesta del Sr. Marqués de Molins. Su tono es más decidido, más enérgico, más ardiente; su estilo más agudo, más incisivo, más vivaz.

Despues de saludar cariñosa y dignamente al recien venido, despues de decir sus títulos al puesto que ha llegado á ocupar, despues, en fin, de consignar la satisfaccion con que la Academia le mira en su seno, y lo mucho que espera de su eficaz y poderosa cooperacion en las nobles é importantes tareas á que se consagra, el autor le sigue al terreno elegido por el señor Benavides, y entra en él con planta firme y seguro pié.

Tambien él dedica frases más ó ménos benévolas á los antecesores del nuevo académico; tambien él dirige una ojeada rápida á la historia contemporánea; tambien él juzga las cosas y los hombres con su peculiar estilo, verdaderamente gracioso y original.

Es ésta una de las grandes cualidades del ilustre Marqués: se apodera de un asunto cualquiera, lo trata con notoria superioridad, y embelesa y seduce al lector con la belleza de las descripciones y lo galano de la frase.

Para dar idea de los merecimientos del recipiendario, le presenta desde el principio de su carrera política, desde que, todavía oscuro y desconocido en Madrid, asistia á las cátedras del Ateneo; y lo retrata, digámoslo así, de cuerpo entero en los siguientes rasgos:

«Una noche tomó la palabra un caballero, de pocos á la sazon conocido; de mediana estatura, más bien grueso que delgado, de fisonomía festiva y casi burlona, la color encendida, la barba rasa y escaso pelo, cosa que hacia á la vez contraste con las melenas de los románticos de aquel tiempo y con el aire todavía juvenil de sus facciones. Llevaba al pecho la venera de Santiago, y usaba anteojos, que más parecian ocultar que no ayudar la penetrante malicia de sus miradas. Habló no poco, y habló muy bien: dió fácilmente á entender que era muy dueño del terreno histórico, y en él mejor cosechero de dudas que de afirmaciones: en la jurisprudencia se mostró versadísimo, en cosas y personas de Ultramar experimentado, en lenguaje correcto y fácil, en estilo más bien ameno que sublime; cuando combatido volvió á la defensa de su opinion, quedó su adversario maltrecho y los espectadores regocijados: tanto era el gracejo y agudeza de su diccion.»

Es imposible hacer una fotografía más perfecta del aspecto físico y moral de un individuo, y en tan corto número de líneas ha alcanzado el Marqués de Molins dar idea completa de la figura y de las dotes intelectuales de la persona.

***

Enumera luégo el Marqués de Molins el diferente carácter y la índole distinta de cada especie de oratoria; define con sumo acierto las cualidades de los oradores que hemos conocido, y señala las que distinguen al Sr. Benavides.

En el alma sentimos que las dimensiones que ha tomado este artículo no permitan dar otras muestras de lo que es y de lo que vale el discurso que analizamos, ni copiar algunos de sus más notables períodos. A bien que el vivo ingenio del Marqués de Molins es muy conocido, y que todos nos creerán cuando les digamos que el nuevo fruto es tan sazonado y excelente como los demas que ántes diera.

No omitamos, sin embargo, expresar que, entrándose al final por el campo de la historia, el autor no ha podido ménos de mostrar sus conocimientos generales en la materia, aunque más particularmente de cierta época que le es muy familiar, y en la cual fijó la creacion de su primera obra dramática.

El Marqués habla *con amore* de Doña María de Molina, «llorada por unos como madre, venerada por otros como santa, calificada por la historia como *la Grande*; y dejando, en fin, en el trono á Alfonso XI, el del Ordenamiento, el del Salado, el de Algeciras, es decir, uno de los más prudentes legisladores, de los más felices guerreros y de los más grandes reyes de nuestra legítima dinastía.»

Y faltóle decir, por honrosa modestia, que la apoteosis escénica de aquella noble princesa valió al que entónces sólo se llamaba D. Mariano Roca de Togores uno de sus primeros y mejores triunfos.

***

Hemos terminado la grata tarea que voluntariamente nos impusimos al querer rendir un tributo de aprecio á las dos disertaciones sobre la elocuencia parlamentaria con tanto deleite escuchadas en la Academia Española justamente un mes hace hoy.

Sin duda no habrémos podido dar idea aproximada de su importancia é interés; pero bástanos con la satisfaccion de habernos empleado en una obra meritoria: la de señalar á la opinion pública escritos que merecen sacarla de la soñolienta indiferencia con que mira pasar ante sí todo aquello que no afecta de un modo directo á sus intereses ó no excita vivamente sus pasiones.

RAMON DE NAVARRETE.

21 de Diciembre de 1872.

LOS CUARTETOS EN EL CONSERVATORIO.

Hay en Madrid un vasto edificio rectangular, notable por los extraños adornos arquitectónicos que luce una de sus cuatro fachadas, la que mira á la antigua plaza de Isabel II, hoy plaza de Prim, si mal no recordamos. Las negras aberturas que, colocadas con admirable simetría, ostentan sus brillantes ornamentos en la parte media de la susodicha fachada, prestan á ésta un aspecto mágico, encantador, que hace adivinar súbitamente la paternal solicitud de nuestros gobiernos para todo aquello que se relaciona con el ornato público.

Digámoslo sin rodeos: el año de 1867 hubo que lamentar un terrible incendio que destruyó completamente el

llamado «Salon grande», situado en el cuerpo de edificio correspondiente á la plaza de Prim, y sin embargo de este lamentable incidente, la reedificacion comenzó inmediatamente, pronta, segura y eficaz.

Hoy, hoy 1.º de Enero de 1873, van trascurridos cinco años desde la fecha del incendio, y no nos hemos cansado de admirar aquella encantadora sencillez, aquel maravilloso conjunto artístico, sobrio de detalles de relumbron, pero rico de majestad y buen gusto que rebosa la memorable fachada, asombro, hace algun tiempo, de propios y extraños.

El tal edificio, ya nuestros lectores lo habrán adivinado, alberga en su seno dos grandes instituciones artísticas: el Teatro Nacional de la Ópera y la llamada «Escuela Nacional de Música», título revolucionario, que sustituyó al de «Conservatorio», como anteriormente, al igual de las demas naciones de Europa, se llamaba.

Existe en este Conservatorio un reducido salon que sirve para clase de solfeo, y en el que se verifican los ejercicios prácticos de los alumnos en las diversas épocas para este objeto señaladas durante el año escolar. Los accesorios ornamentales de este pequeño salon pequeñoz, corren parejas con los de la célebre fachada, de la que es digno *pendant* por su encantadora sencillez, que realza aun más un lindísimo teatro de moderna construccion, estilo indefinible, colocado en el fondo.

Penetremos en el salon pequeño del Conservatorio en una tarde de sesion, y fijémonos en el espectáculo que á nuestra vista se ofrece.

El reducido local está completamente lleno: apiñadas en la puerta de entrada se ven várias personas que no han logrado proporcionarse un sitio más cómodo. Bellas y elegantes damas, ante cuyos encantos ocúltanse ruborizados los ornamentos del salon, se hallan diseminadas á derecha é izquierda, sin órden ni concierto, con la inapreciable franqueza, con esa ductilidad de etiqueta propia solamente de la gente *d'élite*.

Sentados tambien indistintamente se ve allí á Segovia y Castro y Serrano, la literatura selecta; á Arrieta, Barbieri, Vazquez, Inzenga, Zubiaurre, Caballero, la música y el Conservatorio; á Soriano Fuertes, Espin y Guillen, Leis Navarro, Salgado Araujo y Goizueta, la crítica; y á una multitud, ademas, de aficionados al divino arte, que forman el núcleo más brillante del dilettantismo madrileño.

¿Qué alicientes puede ofrecer aquel tan reducido como modesto salon, para que allí acuda con ansia la mas notable de nuestros artistas y aficionados? A qué arte se tiende allí culto? Y por qué artistas?

Hubo un género de música cultivado con preferencia por los grandes maestros clásicos, que consistia en impresionar gratamente el oido y conmover dulcemente el corazon por medio de un reducidísimo número de instrumentos que hacian oir bellísimas piezas nutridas de cuanto de más perfecto reune el arte de los sonidos, así en su parte estética como en sus numerosos medios *matemáticos*.

Hagamos notar de paso que no faltan modernos eruditos que designan con el adjetivo subrayado la parte de armonía y contrapunto del arte musical, circunstancia que habia de regocijar á Pitágoras, Euler, Tartini, Rameau y d'Alembert, si vieran que aun en el último tercio del siglo XIX existen aficionados que se empeñan en comparar los recursos antedichos con una proporcion algebráica ó cosa semejante.

Haydn, Mozart, Beethowen y Mendelssohn fueron los principales cultivadores de los cuartetos, así llamados, porque los instrumentos que en la ejecucion de este género de piezas tomaban parte eran cuatro: dos violines, una viola (*alto*) y un violoncelo.

Desconocido completamente en Madrid este nuevo ramo del arte, dos artistas españoles propusieronse darlo á conocer, guiados por ese instinto superior que, teniendo por base la absoluta confianza en la bondad de una causa artística, acometen las más arriesgadas empresas con la seguridad de alcanzar, más tarde ó temprano, un éxito seguro.

Lean nuestros lectores (la habrán leido ya seguramente) una bellísima obrita del Sr. Castro y Serrano, titulada: *Los Cuartetos del Conservatorio*, y en ella encontrarán magníficas descripciones de la historia de esta brillante Sociedad, digresiones artísticas inconcebibles, por lo bellas y exactas, en quien no conoce la teoría musical, y biografías de los artistas llenas de datos interesantes y de juicios concienzudos; todo esto realzado por el mágico estilo del ilustre autor de las *Cartas trascendentales*.

Cinco artistas constituyen el personal de la Sociedad de cuartetos, cinco vestales que velan incesantemente para mantener inextinguible el sacro fuego de la música *di camera*: Monasterio, Guelbenzu, Perez (D. Rafael), Lestan y Castellanos. Pero entre el concienzudo Perez, espíritu saturado de las puras tradiciones de la escuela que con tanto amor cultiva; entre la severa viola de Lestan, expresiva siempre, siempre valiente y llena de colorido, y entre el distinguido violonchelo de Castellanos, descuellan en primer término dos grandes instrumentos: un violin y un piano; dos grandes artistas: Monasterio y Guelbenzu.

¡Monasterio! Todos los que sentimos en nuestro corazon la llama del amor patrio musical, todos los que hemos experimentado los inefables goces del divino arte, todos los que, con lágrimas en los ojos, deploramos su atraso en España, pronunciamos con entrañable cariño, con viva emocion, el nombre del autor del *Scherzo fantástico*. Y es que Monasterio puede considerarse como un resúmen delicado, dulce, místico de la perfeccion artística.

Se propone escribir y escribe el *Scherzo*, el *Andante religioso* y *Le Chrétien moderne*, piezas todas en las que descuella una tierna melancolía, una inefable expresion de tristeza, fruto de un alma del cada al éxtasis, á los goces ideales, y en la que se halla arraigada la consoladora creencia de un mundo mejor.

El perfume religioso que exhalan las composiciones de Monasterio es consecuencia directa de las ideas, de los sentimientos, de la idiosincrasia, permitasenos la palabra, del gran artista. Así es que las melodías de Monasterio nos hacen recordar las hojas de un ripios, los últimos ecos del justo, ó los dulces encantos del paraiso del Dante, mientras que sus combinaciones armónicas y el juego rítmico é instrumental, ceñidas, vaporosas, henchidas de expresion, embriagan el alma y hacen remontar el espíritu á esferas más puras que las que en el mundo terrenal respiramos.

En cuanto al arco de Monasterio, ese arco asombroso que arranca del violin notas que impresionan de una manera inexplicable, ni participa del carácter del que tan admirablemente lo domina, ni conoce otros sentimientos que los del autor cuyas ideas quiere expresar.

Monasterio compositor da rienda suelta á las dulces afecciones de su corazon: Monasterio instrumentista se apodera del alma de un maestro clásico, sigue paso á paso sus diversas impresiones, penetra en el fondo de éstas, expresándolas, iluminándolas con el mágico resplandor de su genio.

Cuando dominado por la fuerza atractiva del arte, abstraido completamente de cuanto le rodea, fija en el papel aquella inteligente mirada, en desdicen la rizada cabellera y dominado el cuerpo por un convulsivo movimiento, Monasterio arranca al violin desgarradores lamentos, dulces suspiros, armoniosas notas llenas de majestad y elegancia, voluptuosas cadencias que arroban el alma, ó encantadoras melodías, alegres, exuberantes de lozanía y de vigor, filigranas de agilidad que refrescan el espíritu y provocan la sonrisa; cuando bajo el influjo de estas impresiones que aquel violin indefinible os hace experimentar, sentis humedecerse vuestros ojos, oprimirse el corazon á retozar en el cuerpo de alegría, no debeis esos goces á Monasterio. No: Monasterio ha desaparecido. Beethowen, Haydn, Mozart ó Mendelssohn se han infiltrado en el alma de Monasterio: ellos mueven su brazo, ellos encienden su pupila: ellos le hacen llorar, le hacen reir: ellos le dominan, porque él se pertenece á ellos, es su intérprete, y allí habla el arte, el arte sublime, imperecedero, inmenso, de los grandes maestros, y el intermediario de los grandes maestros es otro gran maestro tambien: es Monasterio.

¡Monasterio! Este nombre simboliza una gloria nacional. ¡Feliz el que ha logrado alcanzarla!

Despues del violin, el piano; despues de Monasterio, Guelbenzu. De todos los instrumentos de cuerda, de todos los instrumentos de verdadera importancia, ninguno más ingrato, más refractario á la expresion que el piano. Por esa tal voz (y sin tal voz) el piano es patrimonio de todo el mundo, os persigue, os asedia, destroza vuestros oidos al volver una esquina ó entrar en una habitacion, subleva vuestra sangre con sus eternas variaciones sobre motivos de grandes producciones que entregadas al implacable instrumento, se convierten en deformes caricaturas que hacen temblar de indignacion á las personas dotadas de verdadero instinto artístico.

Y es que como el mecanismo del piano está sujeto á una combinacion matemática, en la que basta atacar con el dedo una tecla dada para que ésta haga oir precisamente el intervalo de la escala correspondiente á aquélla, la mayor parte de las personas que no se atreven á aventurarse en los difíciles senderos del arte, abrazan con decision la *cuerda* del piano, que les proporciona *música* á poca costa adquirida. De aquí viene, sin duda, el antojo con que hoy se mira ese instrumento voraz, cuyo insaciable apetito no es suficiente á calmar la infinidad de pianistas de todas clases, especies y condiciones que pululan por teatros, conciertos y cafés.

Nosotros hemos oido tocar en un piano el *Ave Maria* de Gounod en ritmo de wals, *allegro vivace*. ¡Y aquel maldito instrumento no se rompió en mil pedazos, indignado ante tamaña profanacion!

¿A qué clase de pianistas pertenece Guelbenzu? ¿Qué sobresale en él, la expresion, la agilidad, el mecanismo, el vigor, la seguridad? No; ninguna de estas cualidades *sobresale* en él, sino que *sobresalen* todas; así es que, en nuestra opinion, Guelbenzu debe colocarse pura y simplemente en la categoría de pianistas..... inverosímiles.

Un ciego que asistiera á las sesiones de la Sociedad de cuartetos necesitaria palpar el teclado del piano, para convencerse que Guelbenzu ejecuta sus sonatas en aquel instrumento.

En efecto, nosotros llegamos á comprender la superstícion, llegamos á creer en Mefistófeles cuando vemos á Guelbenzu debatir armoniosamente con aquello que no es piano, sino un conjunto delicioso de timbres, de sonoridades ahora veladas y luego vigorosas, tan pronto delicadísimas como sordas y concentradas; un instrumento fantástico en fin, que obedeciendo á la magnética influencia de un artista superior, se plega á sus menores exigencias, acepta todas sus indicaciones, llora cuando le manda llorar, rie cuando quiere que ria, y se muestra dulce, apacible, sereno, tierno, elegante, gracioso y juguetón, segun plazca á aquel fenómeno musical, ante cuyos pies se postra dominado.

Si á enumerar fuéramos los detalles de Guelbenzu en el piano, necesitariamos más espacio para tratar de aquellas preciosísimas cadencias, cuya acentuacion escapa al análisis; de aquellos matices prodigiosos, fruto de un sentimiento artístico increible, florón el más rico de la corona de Guelbenzu, y síntesis de las dotes musicales del gran profesor.

Monasterio y Guelbenzu realizan el bello ideal de la ejecucion clásica, pura, vehemente, apasionada, perfecta de toda perfeccion. Cuando unidos aquellos dos artistas, interpretan una obra de los colosos del arte; cuando el auditorio frenético de entusiasmo, pasmado de aquel prodigio de precision, colorido y sentimiento, se levanta en masa aclamando á Monasterio y á Guelbenzu, nosotros recordamos las magníficas palabras de Gratry á propósito del dúo de los celos de la *Euphrosine* de Méhul: —«Parece que la bóveda del teatro va á abrir el cráneo de los espectadores.»

ANTONIO PEÑA Y GOÑI.

UNA VÍCTIMA DEL IDEAL.

I.

Ella se llamaba Luz, y era la expresion más rica del sentimiento, bajo la forma más sobria y delicada de mujer que es posible concebir, dada la necesidad de fundir en un sér viviente la materia perecedera y el espíritu inmortal.

Su belleza no tenia nada de comun con la que se admira en la Vénus de Milo, ni la plástica idealidad del arte griego hubiera podido encontrar una forma con que reproducir aquella irradiacion intensa del alma que constituia el inefable encanto de Luz. No, el arte pagano no conocia la belleza de que os hablo, sublime revelacion de un ideal reservado á la inspiracion cristiana. Sólo esta podia realizar aquel tipo melancólicamente iluminado por los misteriosos reflejos del sentimiento, y del que quizá podrian ofrecer una imágen parecida algunas vírgenes de Rafael, en quienes el pincel del inmortal artista ha acertado á expresar el hondo presentimiento de un dolor sublime.

Ojos grandes y profundos, cuyo fuego devorador parecia encendido para consumir lentamente el óvalo de un rostro delicado; una sonrisa que cada vez que aparecia en los labios era el signo precursor de una lágrima; una cabeza de mártir, siempre inclinada hácia el corazon, como en señal de acatamiento á su tiranía..... Por lo demas—ya lo he dicho—nada se veia en la envoltura material de lo que constituye las formas ricas de la belleza en su tipo clásico, sereno y armonioso. Luz era una hermosura que no descifrarán jamas ojos profanos, acostumbrados á buscarla en la superficie y en la densidad.

Luz era un ángel, pero un ángel con entrañas de mujer; esto es, un espíritu de inocencia y de amor, sentenciado á flotar en amargo cautiverio, como la burbuja diáfana y cristalina en un vaso de hiel; un ángel condenado á buscar sus alas de oro por los valles más desolados de este mundo.

Quedó huérfana al nacer: no habia probado las dulzuras del amor maternal, no habia conocido más afecto que el de la anciana que la habia recibido en sus brazos al abrir los ojos á la luz. Habia sentido al venir al mundo el frio de un regazo helado por los años, como una flor de estío nacida entre las nieves del invierno.

Un rayo de sol vino, sin embargo, á dorar el paisaje desolado en donde la habia dejado triste y solitaria la mano de la muerte. Luz tenia una amiga, casi una madre: habian pasado juntas la infancia, y se amaban tiernamente, sin medir la disimilitud de carácter que entre ellas existia.

Luisa pertenecia al número de aquellas organizaciones privilegiadas que emprenden valerosamente el camino de la vida con fuerzas proporcionadas á la fatiga del viaje, y con un tesoro en el corazon para llevar el consuelo á los desfallecidos. La terrible concentracion, el subjetivismo fatal de las criaturas destinadas á consumirse en su propio fuego, eran completamente extrañas al carácter de Luisa: naturaleza espontánea, impresionable y generosa, el sentimiento brotaba de ella con inatajable fuerza de expansion, obedeciendo á las corrientes simpáticas de la atmósfera que la rodeaba. Tenia acentos de júbilo para el venturoso, y lágrimas para el desgraciado: su sensibilidad era como esos arroyuelos cristalinos que corren á la ventura sin cauce fijo: si encuentran prados risueños, por ellos deslizan con alegre susurro su corriente bulliciosa; si hallan al paso un lago de aguas amargas, en él abisman su linfa pura y generosa. Un poco más allá volveréis á escuchar su murmullo placentero.

Luisa se habia casado con un hombre de bien; no iba más allá su ambicion. Con esto habia realizado para sí toda la suma de felicidad que cabia en aquel corazon desprendido, en el que el holgado espacio concedido á la conmiseracion de los males ajenos dejaba á la conciencia del *yo* muy poco lugar de que disponer.

El amor que Luisa profesaba á su amiga encerraba toda la solicitud de la ternura maternal, ternura muchas veces inconsciente y sencilla que cree ciegamente en la eficacia de un remedio casero para curar en el objeto amado una dolencia mortal. Luisa queria labrar

1 Antioquia.—2 Santander.—3 Bolívar.—4 Magdalena.—5 Cauca.—6 Panamá.—7 Tolima.—8 Boyacá.—9 Cundinamarca.

COLOMBIA.—Compañía telegráfica representando las nueve Estrades de la República.

Cróquis inéditos de V. Becquer : tipos de la provincia de Avila.

la felicidad de Luz sin comprender que los recursos que la sugería el optimismo de su corazon bondadoso no llevaban, ni podian llevar, el consuelo á las fibras doloridas en que residía el mal incurable de su amiga.

¿Pero qué mal era ése, preguntarán nuis lectoras, que no se adormecia siquiera al calor de un afecto tan dulce?

Luz amaba en un sér real y *positivo* una entidad imaginaria. En sus sueños de niña habia formado un génesis espléndidamente enriquecido con los tesoros de amor que encerraba su alma: una vez hecho el mundo á gusto de su fantasía, formó del primer tronco árido y grosero que halló en el camino un hombre organizado á su semejanza, y consagró á este ídolo falso una pasion profunda, única é inextinguible.

Veamos ahora quién era el objeto de este amor ideal.

Llamábase Enrique, y era lo que podemos llamar un *hombre de provecho*. Su capacidad no traspasaba los límites de lo vulgar y adocenado: pero el exiguo patrimonio de inteligencia que le habia cabido en suerte estaba tan hábilmente aprovechado que podía aplicarse á muchos y muy diversos géneros de explotacion. Porque Enrique era ambicioso: pero ambicioso á la manera raquítica y rebuscadora de las almas pequeñas; y como una ambicion aventurera como la suya, destinada á seguir á saltos y por senderos imprevistos el caprichoso rastro de la fortuna, necesita andar provista de una gran variedad de aptitudes, cuando ménos ficticias, para abarcar una zona extensa de accion, Enrique habia tenido maña para invertir la potencia total de su cerebro en un completo surtido de conocimientos útiles, aplicables á todas las eventualidades de la suerte.

Con esto ya se comprenderá que Enrique llevaba en sus entrañas la fiebre palúdica del siglo en su tipo más vulgar y ordinario: es decir, que su ambicion estaba muy léjos de ser un fuego voraz, una de aquellas pasiones enérgicas que son el alimento de las almas fuertes, templadas para las grandes luchas. Nada de esto: el achaque de Enrique era una especie de monomanía razonadora, incapaz de adquirir las proporciones de un gran desórden moral; era, más que pasion, un efecto de la influencia epidémica que en nuestros dias ejerce el espectáculo tentador de la osadía victoriosa y el aircillo secante y aperitivo del materialismo.

Enrique creia lisa y llanamente que todo empleo de las fuerzas intelectuales y toda funcion de la criatura sociable que no obrasen dentro de las leyes del cálculo, obedeciendo al objeto preeminente y privilegiado de mejorar las condiciones materiales y *civiales* de la vida, eran una pérdida de actividad indigna de hombres formales y en abierta contradiccion con las ideas admitidas.

Y partiendo de este principio, Enrique organizaba su vida con sujecion á estos dos puntos de mira esencialísimos: una fortuna y una significacion social. Para llegar á estos resultados creia indispensable combatir toda tendencia á la desviacion, procedente de la naturaleza sensible, y á esta obra se consagraba con la más perfecta conviccion, como si obedeciera á la ley providencial de su desenvolvimiento, como si para este solo y esencial objeto hubiera venido al mundo. Su espíritu se aplicaba á desenvolver las inspiraciones del interés con la misma regularidad con que su cuerpo desempeñaba las funciones vitales: mientras su sangre circulaba al rededor de su corazon fomentando la vida, el cálculo circulaba al rededor de su cerebro fomentando los intereses de su ambicion.

Molière, con ser un artista de toda humanidad, se hubiera visto en gran aprieto para desentrañar los rasgos ambiguos de este tipo comun en nuestros dias, cuyos lineamientos se pierden en no sé qué regiones crepusculares, situadas entre el vicio y la virtud; de esa especie de *homúnculos* inquieto, fraccion infinitesimal del individualismo moderno, en quien los gérmenes del bien y del mal se neutralizan, extraños á toda fuerza de reaccion, y en quien todo se explica por una gran hidropesía del egoismo, correspondiente á una raquitis del sentimiento y de la conciencia.

A este tipo indescriptible pertenecia, en cuanto al espíritu, el hombre que habia despertado una pasion tan bella en el alma de Luz.

A esta falta de personalidad moral y sensible, correspondia en el exterior una armonía de líneas sin vigor, una belleza sin vida, una regularidad sin encanto, una fisonomía dotada de una movilidad muscular casi mecánica, que por la fuerza del hábito y de la voluntad adquiría una expresion adecuada á las circunstancias, simulando los signos correspondientes á diversos grados y manifestaciones de la sensibilidad. ¡Reflejos engañosos de un corazon de *dublé* que el mismo falsificador solia tomar por oro de buena ley! Ellos fueron la perdicion de la pobre Luz. Este espejismo de un alma árida y sin manantiales, en cuyo seco erial se agitaban aparentemente las aguas profundas del sentimiento, fué lo que produjo el vértigo en aquel corazon no acostumbrado á probar los ideales de la fantasía en la piedra de toque de la realidad.

Veamos de qué modo la filanca mariposa fué á posarse en la pulida corteza de aquella rama muerta.

La primera vez que Enrique se presentó á los ojos de Luz fué bajo el noble aspecto de un bienhechor de la humanidad..... ¡Hipócrita! ¿Qué apariencia de virtud no era capaz de revestir por ensanchar el círculo de sus relaciones útiles? Su industria le habia deparado la ocasion de tomar parte activa en los trabajos de una asociacion piadosa que acababa de fundarse, y en la que figuraban personas de cierto viso, cuya piedad, más ó ménos evangélica, le convenia halagar. Entre estas personas habia dos señoras cuya benevolencia procuraba granjearse á trueque de un servilismo á toda prueba. Verdad es que las Pimentelas—que por este nombre eran conocidas en la poblacion estas dos señoras—podian prestar á Enrique, en ocasion oportuna, una proteccion eficaz, si se atiende á que sus maridos, los hermanos Pimentel, eran dos caciques de la provincia, que ejercian, entre otros privilegios exclusivos, el monopolio casi feudal de las urnas electorales. Estas dos matronas soberbias, que al abdicar el cetro de una belleza prolongada por los medios heróicos del arte más allá de lo creíble, buscaban, por fin, en la devocion y en la caridad los últimos resplandores de un ocaso majestuoso, eran socias fundadoras de la asociacion: y Enrique habia hecho valer de tal manera á sus ojos el celo de que se hallaba poseído por el buen suceso de la caritativa empresa, que no vacilaron en proponerle para el cargo honorífico de secretario del benéfico centro, con la mision, encarecidamente solicitada por el interesado, de pronunciar un discurso en el acto de la solemne inauguracion.

Conseguido el objeto de sus deseos, Enrique se dió á trabajar con ahinco en la preparacion de un modelo de elocuencia sentimental, destinado tal vez á abrirle las puertas de la vida pública. Con este propósito cayó como un cuervo sobre los modelos del arte, plagió cuanto le vino á la mano, tomó de aquí una imágen, de allí un párrafo entero; zurció como pudo el producto de este merodeo, sazonándolo con sendos pasajes de la Escritura, y cuando hubo terminado esta laboriosa hacinacion, creyó de buena fe que habia trasladado al papel el producto más auténtico y más genial de su lozano entendimiento. Entónces se aprendió el discurso de memoria, estudió cuidadosamente el tono, las inflexiones de voz, el grado de calor que debia desarrollar en los grandes movimientos oratorios: ensayó delante del espejo la actitud, la accion, los accidentes de la fisonomía: colocó previsoramente las pausas oportunas al fin de los períodos que creyó destinados á producir en el auditorio profunda sensacion; y en una palabra, no descuidó el menor detalle que pudiera contribuir al mejor desempeño de la mision que, segun él decia, *le estaba confiada*; porque en este punto Enrique abusaba tambien de su buena fe, haciéndose creer á sí mismo que su *improvisacion* inaugural era una exigencia de sus numerosos amigos.

Llegó la noche de la gran solemnidad. Enrique, vestido con la grave sencillez que requerian las circunstancias, desordenados con mano diestra los cabellos, compuesto el semblante y el ademan, y dirigiendo á la concurrencia que llenaba el salon una mirada benigna y hospitalaria, ocupó con imponderable aplomo el sillon que le estaba destinado. Cuando llegó el momento de pronunciar su discurso, levantóse con desembarazo, y haciendo resonar el hermoso timbre de un órgano de barítono que le habia valido más de un aplauso en los conciertos caseros, empezó á preludiar con algunas palabras de exordio su manoseada improvisacion. ¡Oh! y en honor de la verdad, Enrique estuvo feliz; el primer murmullo lisonjero que llegó á sus oidos le hizo cobrar tales bríos y ahondó de tal manera en su espíritu la conviccion de que su elocuencia era irresistible, que llegó á estar elocuente, tan elocuente y tan poseido de su papel como el más hábil recitador.

El vulgo distinguido que llenaba los ámbitos del salon, dispensaba una benévola acogida á aquella inteligencia indígena oscurecida en el rincon de una provincia. Luz iba más allá que el vulgo distinguido; Luz incurria en un error más hondo y más capital que el que hacia batir las palmas á los Mecénas de campanario que se creian en aquel momento destinados á sacar de las sombras del cáos un genio desconocido. Luz no se equivocaba en los quilates del talento, sino en los quilates del corazon; Luz no creia descubrir un genio, sino un hombre. Y la jóven escuchaba embebecida la palabra de Enrique; aquel acento armonioso, aquella emocion retratada en su semblante, aquel fluido manantial de nobles sentimientos, de imágenes tiernas, de conceptos delicados, aquella noble elocuencia consagrada al infortunio, produjeron profunda impresion en el alma de Luz. Los observadores inteligentes, las personas medianamente eruditas, descubrieron sin dificultad en el tono y en la expresion del orador el brillo falso de una elocuencia artificial, y en su trabajada oracion las fuentes originales en que el celoso bienhechor de la humanidad habia encontrado todos los elementos de su trabajo..... Pero ¡ay! la inocencia y el entusiasmo no entienden de erudiciones, ni conocen las vereelas intrincadas y tortuosas: su mirada es longitudinal, como las corrientes de su simpatía, y Luz no vió más que un camino ancho y hermoso, que desde los labios de Enrique iba al fondo de su corazon. Aquella voz de caridad, aquella elocuencia consagrada al bien, respondian con varonil energía á las secretas armonías de su corazon, y se dejó subyugar sin resistencia. La jóven escuchaba á Enrique con no disimulada emocion, pálido el rostro, arrasados los ojos en lágrimas, entrecortado el aliento. Al ver la agitacion de que se hallaba poseida, Luisa quiso arrancarla del salon; pero ¡ay! no es tan fácil arrancar á la fascinada paloma de la boca de la serpiente.

Aquella noche decidió de su suerte; la mariposa se quemó en una llama fatua: los perfumes embriagadores de aquel corazon de vírgen se exhalaron hácia una nube opaca y fria que por acaso revestia en aquel momento los reflejos de oro producidos por un resplandor meteórico y fugaz.

Cuando fué preciso abandonar el salon, el cuerpo de Luz siguió como por resorte maquinal el impulso de su amiga..... su alma se quedó en aquel recinto vibrando entre los últimos ecos de la voz de Enrique.

II.

Al terminar la solemnidad, un amigo del flamante orador se acercó á éste y le dijo:

—¡Ni Demóstenes!

Enrique se sonrió con la benignidad del genio semicomprendido, y sin responder de otra manera al elogio, preguntó á su admirador:

—¿Que dicen de mi discurso las Pimentelas?

—No lo sé, replicó el amigo: pero lo que puedo decirte es que la explosion de tu elocuencia ha herido en el ala izquierda á una paloma.

—¡A una paloma! dijo Enrique pasando revista mental á su auditorio femenino. Y añadió, recordando haber visto en el salon á una rubia vaporosa, hija de un propietario acaudalado, y cuyo blanco traje habia llamado en gran manera la atencion: ¿de qué palomar?

—De ninguno conocido: es una paloma torcaz. Estaba junto á mí: es una niña de ojos grandes y profundos, de rostro sentimental; una especie de Ofelia, un tipo inverosímil... Miéntras hablabas tenia la mirada fija—¿qué digo fija?—anegada en tí con la independencia de un alma apasionada y candorosa que no sabe aún interponer los velos del pudor entre su rostro y su corazon.

Los dos amigos cruzaban en aquel momento una antesala: Enrique se miró á un espejo, buscando en su frente alguna cosa parecida al busto melancólico de Hamlet, y satisfecho al parecer del resultado de su exámen, preguntó á su amigo:

—¿Dónde vive esa Ofelia?

—Donde los pájaros cantan, y el sol alumbra sin avaricia, y no se tasa el aire respirable.

—¿En el campo?

—Casi, casi: un pié en el campo y otro en la ciudad; por un lado la jaula, por otro el espacio y la libertad. Esas criaturas novelescas buscan siempre en este mundo una habitacion con vistas al infinito.

Enrique se enteró bien de las señas, y aquella misma tarde, á la hora del crepúsculo, se encaminó hácia el punto extremo de la ciudad, donde Luz habitaba, en efecto, una modesta casita, cuya situacion era exactamente la que habia explicado el amigo del eminente orador. Era temprano para Enrique: á las diez debia ser presentado en casa de un personaje importante, de un ex-ministro, hombre de gran influencia, aficionado monomaníaco, de quien decia la crónica que siendo embajador habia estado á pique de vender á su patria por un puñado de monedas romanas. La mujer de este personaje, ménos dada á las antigualles que su marido, recibia una vez por semana á la juventud florida, que se presentaba á solicitar este honor bajo la doble garantía de un introductor conocido y un traje de paño negro.

Excusado es decir que siendo el ex-ministro un señor de tantas campanillas, y pudiendo ser en la ocasion un Mecénas tan poderoso, Enrique deseaba con afan un título que hacer valer á sus ojos para aspirar á la dicha envidiable de su amistad. Este título, pues, le habia obtenido aquella mañana con su discurso. El ex-ministro y ex-embajador, que habia tenido siempre

la magnanimidad de asociarse á los fallos del vulgo en todo aquello que no tenia relacion con la numismática, objeto especialísimo de sus estudios, habia unido aquella mañana sus plácemes á los de la parte del auditorio que aplaudia el talento del novel orador, y á los no ménos benignos con que su mujer celebraba la gallarda apostura y la florida juventud del neófito. Con esta ocasion el camino quedó allanado, y Enrique recibió la más lisonjera contestacion á la embajada que ántes de terminar el acto de la inauguracion mandó á los señores de Montenegro, solicitando la dicha de ser presentado en sus salones.

Miéntras llegaba, pues, la hora de emplear útilmente el tiempo en los preparativos de esta importante visita, Enrique podia consagrar algunos momentos de sobra á satisfacer la curiosidad que en él habian despertado las palabras de su celoso amigo, y éste era el móvil que le guiaba hácia el nido de la blanca paloma, que *la fama* suponia ya aprisionada entre sus garras. ¿Quién era aquella mariposa que se abrasaba en la llama de su genio? ¿A qué esfera social pertenecia aquella desconocida sobre quien ejercia, sin saberlo, tan irresistible fascinacion? ¿Quién era aquella heroina de novela? ¿cómo se llamaba? ¿de dónde venía y hasta qué punto gozaba de los favores del rango y de la fortuna? Este último punto sobre todo podia ser de una importancia trascendental, y Enrique no creia ocioso averiguar si por acaso la solucion de aquel enigma podia relacionarse con sus dorados sueños. A mal andar, ¿qué aventuraba con seguir á ratos perdidos el hilo de la aventura? ¿No habia, en último resultado, un interes de amor propio en averiguar quién fuese la niña sensible á quien habia herido en las telas del corazon?

Miéntras con estas reflexiones entretenia Enrique el ocio del camino, Luz, desde un balcon que miraba al campo, y cuyo vano cegaban en parte los entrelazados festones de los jazmines y madreselvas, contemplaba, absorta en sus pensamientos, el disco majestuoso de la luna que empezaba á elevarse sobre el horizonte. ¿Pensaba la jóven en la especie de semi-dios que habia hecho resonar de improviso todas las fibras de su alma virginal? ¿Buscaba más allá de la tierra atributos bastante exquisitos con que revestir á aquel hombre que se le aparecia inesperadamente como una encarnacion milagrosa del ideal latente en su fantasía? ¡Pobre Luz! ¿Por qué su mirada se perdia vagamente en el espacio en el momento en que este ideal tomaba cuerpo de hombre y respiraba cerca de ella? ¿Por qué cuando le veia convertido en realidad, parecia buscarle todavía en los espacios imaginarios? ¿Sería presentimiento? ¿Sería que, como acontece con todos los sueños imposibles, con todos los ideales irrealizables en la tierra, con todas las exaltaciones misteriosas del alma hácia lo bello y lo bueno, la aspiracion de Luz, apénas venida al mundo de lo imperfecto, volvió á sumergirse indeliberadamente en ese anhelo insaciable que sólo encuentra consuelo explayándose en los espacios infinitos?...

Enrique vió de léjos á Luz, y reconoció el original del vaporoso retrato que le habia hecho su amigo... Contempló despues la casita modesta, casi humilde, que encerraba aquel tesoro de sensibilidad, y exhaló un suspiro elocuente, que venia á ser como el corolario de la siguiente reflexion que acababa de cruzar por su mente:—Lo tenia: no es un diamante engastado en oro, sino una gota de rocío pendiente de la roca desnuda; es el perfume exquisito sin el rico pebetero; es la pasion virginal en toda su ingénua desnudez... La luna, las flores, el tachonado manto de los cielos: hé aquí el único lujo concedido á ciertas criaturas dotadas de instinto poético; que raras veces la poesía y la fortuna entraron como guarismos homogéneos en la suma de las felicidades humanas.

Y en pos de esta epifonema, Enrique mandó al aire el melancólico suspiro ya mencionado.

El rondador se hallaba cerca del balcon de Luz, cuando ésta le vió llegar. Las tupidas enredaderas ahogaron la exclamacion que la jóven no supo sofocar en su pecho: su mano trémula arrancó una flor de jazmin, y se posó desmayada sobre la barandilla... La blanca florecilla se escapó de entre sus dedos á tiempo que Enrique pasaba por debajo del balcon. En el mismo instante llegaba una carretela á galope; era el carruaje de las señoras de Pimentel. Al verlas, Enrique apartó rápidamente la mano del sombrero, que iba á quitarse para recibir en él el jazmin de Luz, y se alejó de la vertical que describia la flor.

El jazmin cayó en un charco cenagoso, que las últimas lluvias habian dejado al pié del balcon.

Enrique saludó á las señoras de la carretela con aquella insistente y recargada amabilidad que distingue á todos los aduladores, y se alejó de aquel sitio, por donde empezaban á desfilar los carruajes que volvian del paseo.

Luz le siguió con la vista: dos lágrimas rebosaron en sus ojos y rodaron despues por sus mejillas. Cuando Enrique desapareció á lo léjos, la mirada de la jóven fué desviándose tristemente de la línea magnética que habia seguido en pos del rondador, hasta que se detuvo en el punto blanco que formaba la flor de jazmin sobre el agua encharcada, y entónces se escapó de su pecho un profundo suspiro. ¿Habia penetrado por ventura el símbolo terrible que la ofrecia la casualidad en aquella flor de la inocencia, caida en el fango? ¡Oh! ¡no! otro era el espacio por donde batia las alas su pensamiento. El amor es como todos los fanatismos: en el martirio se exalta: ningun dolor le parece bastante propiciatorio, ningun tributo bastante digno del objeto de su exaltacion. Luz no culpaba á su ídolo de haber pasado indiferente y desdeñoso sobre el humilde grano de incienso desprendido de su balcon: lo que la angustiaba era la pequeñez de aquella ofrenda, que no habia podido interpretar la grandeza de su pasion; lo que afligia á aquella inocente era el desvío de la ciega fortuna, que no habia puesto sobre sus sienes una corona que ofrecer á su dueño y señor; lo que la apenaba en aquel instante, era no haber podido arrojar bajo las plantas de Enrique su corazon de vírgen con la decision de aquellos fanáticos de la India, que no se creen en paz con sus horribles ídolos si no se inmolan bajo las ruedas de su carro.

PEREGRIN GARCÍA CADENA.

Se continuará.

LA AURORA.

Mirad el rojo celaje
Que da luz al horizonte:
Mirad la cima del monte
Envuelta en nevado encaje.

Mirad la lejana estrella,
Que la última luz envia,
Y en su trémula agonía
Ofrece su luz más bella.

Ved cuál se va dibujando
Esa severa montaña,
Que la luz del alba baña
De oro y grana salpicando.

Y ved la alfombra de flores
Que, en las márgenes del rio,
Guarda perlas de rocío
Entre sus vivos colores.

¡Con qué tintas se engalana
Ese cuadro sonriente!
¡Qué templado es el ambiente!
¡Cuán hermosa es la mañana!

¡Cuánta belleza atesora
La flor que, al romper su broche,
Ve cómo muere la noche
En los brazos de la aurora!

¡Y cómo al tibio fulgor
Que en Oriente se levanta,
A la luz y á su amor canta
El oculto ruiseñor!

Ya sin su manto de bruma,
Que es de las aguas el velo,
El cristalino arroyuelo
Cubre su cauce de espuma.

Ya del trasparente tul,
Que há poco el cielo cubria,
Naciendo tranquilo el dia,
Tiñe el espacio de azul.

Y aun se descubre á lo léjos
La aurora, que amante espira,
Y que enamorada mira
Del limpio sol los reflejos.

Mas su luz ha de tornar,
Como el sol ha de lucir,
Para volver á morir,
Para volver á brillar.

Que de vida á muerte en pos
Siguen ambos su camino,
Cumpliendo el alto destino,
Que es la voluntad de Dios.

J. MORENO CASTELLÓ.

POSICION ENVIDIABLE.

CARTA Á LA MARQUESA DE SANTIAGO.

Si no fueras tú quien eres, ¡oh amiga y parienta de mi alma! habia de enfadarme contigo, porque al envidiar mi posicion desde lo alto de la tuya, no sé si me adulas ó me humillas: pero mejor será que te dé la razon cuando me dices ¡quién como tú! al leer mis libros ó al asistir á la representacion de mis comedias.

Contento estoy con mi profesion, aunque parezca extraño en un mundo en que nadie está contento con su suerte: bendigo la hora en que se me ocurrió escribir el primer verso ó la primera línea de vil prosa.

No quiero dejar de regodearme, ya que la ocasion es propicia.

Esta profesion de escribir, amiga mia, tiene la gran ventaja de dar de sí.

Ces gants ne donnent pas de oui, decia un diplomático español en una guantería de París, sin que la guantera pudiera comprender lo que querria decir aquel Meternich progresista.

Pues yo afirmo todo lo contrario respecto de mi profesion adorada. Mi profesion *donne de oui*, como diria el otro; porque ¿quién me priva á mí, por ejemplo, de inventar cuanto quiera y crean todo lo que se me ocurra?

Yo puedo crear un mundo á mi gusto sin temor á la censura de aquel ingeniosísimo escritor á quien le dije yo en cierta ocasion: —¡Ay, Miguel, qué mundo éste! Y me respondió: —¡Qué quiere usted! ¡Como cosa hecha en siete dias!

Puedo yo, pues, inventar toda una máquina terrestre en siete meses, y en ella ingerir *modus vivendi* nuevos, y séres distintos de los que hasta ahora conocemos... Bien dices tú: yo, y cuantos como yo hacen trabajos imaginativos, somos los reyes y árbitros del mundo.

Con cuatro bastidores, cuatro actores, dos actrices y dos mil versos, creamos un país, una familia y una porcion de disgustos para ella y áun para el público que va á enterarse de la cosa.

Con ménos que eso todavía, con una pluma de acero y un poco de tinta empedramos un pedazo de papel y vamos levantando el edificio de la ficcion que más pronto se nos viene á las mientes.

Marquesa hermana, tú eres una lectora obediente y sumisa; si tomas una novela mia, has de obedecer sin replicar á los mandatos míos.

Te diré, por ejemplo, en el primer capítulo: *Estamos en Biarritz*. ¿No deseabas ir este verano? Pues merced á mi capricho de autor, te trasladas al puerto de moda, ó no lees.

Miéntras leas mi novela estarás donde á mí se me antojáre.

Y no pára ahí la cosa.

Se me ocurrió decirte en el segundo capítulo de mi libro: *Está lloviendo*. Como yo no impida que llueva, no esperes poder salir á la calle.

Maravillado estoy de mí mismo. Pensar que desde aquí, desde el modesto albergue que debo á la tolerancia de mi casero, puedo disponer de los elementos!...

Ya no quiero que llueva.

«*Capítulo tercero*. El sol ilumina con sus dorados rayos las calles de la córte. El lector nos seguirá hasta la calle de la Palma Alta...»

Querida deuda, yo siento molestarte: pero ten la bondad de seguirme hasta la calle de la Palma Alta...

Si no me sigues, no podré enterarte de lo que al héroe de mi novela le suceda.

Y á propósito:

¿Qué te parece del héroe de mi novela? ¿es simpático, verdad? Buen muchacho, honrado, incapaz de cometer una mala accion... ¡ya ves tú, se llama Diego!

Ya sé que te ha interesado mucho y que has celebrado la otra noche sus buenas prendas. Por buscar todo lo que al interesante Diego se refiere, has saltado por cuantas descripciones habia en el libro... ¡me desprecias por Diego! pues aguarda, que en la hoja siguiente le voy á cortar la cabeza.

CAPÍTULO VEINTITRES. *Sonó la hora fatal. Diego era cadáver.*

La novela debe retratar á la sociedad. Al hombre de bien, carpetazo. O soy ó no novelista de costumbres. Te quedaste sin Diego.

Pero no te enojes ni se anuble tu serena frente por crueldades mias. Ya sabes tú que en el mundo para cada sér que muere hay ciento que nacen. CAPÍTULO VEINTICUATRO. *El fruto de bendicion*. Alégrate, ¡oh lectora sensible! te voy á regalar un *bebé* para tu uso particular.

Sólo una vez he transigido con mis lectores.

Era por el año de... ¿pero quién recuerda fechas atrasadas?

Tú y yo somos dos niños.

Escribia yo entónces el folletin de cierto periódico. Lo escribia al dia, de donde resultaba que el dia en que el autor estaba mal humorado, el personaje que se me venia á las manos moria de mala manera.

Parece ser que algunos de aquellos novelescos per-

sonajes interesaban al público lector. No lo dudo. Tal les trataba yo, que á cualquiera le dieran lástima.

La heroina de mi folletin era una pobre huérfana á quien llamaba yo Margarita.

Tanto debí *cebarme* en ella, que un dia recibí una carta escrita de letra de mujer y fechada en Valencia, en la que se me suplicaba que no matase *por Dios* á la pobre huérfana.

Fuí condescendiente.

No maté á Margarita, *pero* la casé.

Y así, bella marquesa, dispongo yo de las vidas y haciendas.

Yo edifico palacios, colonizo países, países míos, países que á mí me da la gana de inventar. ¡Quién como yo!

Razon tienes cuando me envidias.

¡Ay, si yo escribiera dramas!

Aun escribiéndolos muy malos, como es costumbre, te habian de conmover y habias de llorar *y todo*.

Siempre tendria preparado un niño chiquitin, para casos de apuro. Si no te conmovias pronto, soltaria el chiquitin en una situacion *ad hoc*, le colocaria entre marido y mujer, cuando aquél fuese á matar á ésta, y... ¿si hay cosas que siempre hacen llorar á la gente? Yo siempre he visto llorar al público en parecido caso.

Sí, marquesita, sí, no hay nadie como el escritor en el mundo. No hay poder comparable al del poeta. Llevamos á la sociedad en el bolsillo. Unos en el bolsillo del pecho, otros en el de atras. Esto es cuestion de temperamento.

¿Te acuerdas de Zorrilla? (no don Manuel).

¿Cuántas veces le has oido declarar que lo sabe todo?

Yo sé por qué se queja la niña de la alcoba,
Yo sé por qué vuela tan alto el ecuador,
Yo sé cómo el viento se lleva la nave,
Yo sé cómo al cielo la luz da color,
Yo sé por qué silban el viento y el ave...

En fin, todo lo sabe. Y yo lo sé tambien, y de buena tinta, y cuando no, me lo figuro. En estas cosas somos grandes prácticos los que hacemos versos, y no nos equivocamos nunca.

Cuando á mí me da por ahí, ó por allá, no me quedo corto.

Yo le dije á cierta mujer, en ciertos versos, de cierto álbum, que los claveles de un prado (que no debia ser ni el de San Fermin ni el de San Jerónimo) iban todas las mañanas á pedirle colores. ¿Qué te parece? A otra mujer, otra vez, la llamé Diana, que es nombre de perra.

¡Escritores! podiamos exclamar tú y yo, ¿estais convencidos de que sois capaces de todo?

¡Poetas! ¿podeis dudar de que el mundo es vuestro?

Yo, desde que tus amables palabras han resonado en mis oidos, no ceso de mirarme de arriba abajo y de derecha á izquierda, y no puedo ménos de exclamar: ¡Quién como yo!

Yo creo, yo invento, yo doy vida á quien quiero, y mato á quien me estorba. Yo soy el amo.

Pero ¡ay! á pesar de todo esto, he observado una cosa que me entristeceria mucho si no estuviera ya muy triste.

Y es que por más que pienso y que discurro, no puedo crear ni un triste billete del Banco de España, ni siquiera un duro de esos que el gobierno español ha creado con tan poco trabajo.

No me envidies, ¡oh amiga carísima! tus creaciones; las invenciones tuyas valen mucho más, y yo no soy más que un pobre diablo.

EUGENIO BLASCO.

FANTASMAS.

ANTIGUO JÓVEN DE LENGUAS.—Cuando volví del Brasil el año 27, Martinez de la Rosa y yo éramos la delicia de los salones.

ADVERTENCIAS.

Los señores suscritores á LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA que en 1873 quieran recibir el periódico de señoras y señoritas que hace treinta y dos años publica esta Empresa con el título de LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA, obtendrán un 25 por 100 de rebaja en el precio de la misma, debiendo dirigir el pedido ántes del 15 de Enero á la Administracion, Carretas, 12, Madrid.

Agotados por completo los tomos de LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA respectivos al año de 1870, recibiremos de los señores suscritores los que nos quieran ceder recibiéndolos por su íntegro valor en pago de la suscricion del presente año, ó bien en cambio de un abono á LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA, siempre que se hallen en su perfecto estado.

Los muchos pedidos que se nos dirigen nos obligan á hacer estas indicaciones, con objeto de complacer á los que desean tener completa la coleccion.

De los tomos respectivos á 1871 y 72 tenemos alguna existencia, que ofrecemos á los nuevos señores suscritores á los precios fijados en los mismos.

Para los no suscritores dichos precios tendrán un aumento de 25 por 100.

AGENCIA EN PANAMÁ.

La Empresa de LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA tiene encomendada su Agencia en Panamá al Sr. D. Alfredo Orillac; por tanto, los señores Agentes de las diferentes partes de América que necesiten aumento de ejemplares sobre los que se les están sirviendo, pueden pedirlos á dicho señor, el cual los servirá acto continuo, puesto que tiene existencias de números y de primas.

Los que quieran suscribirse en los puntos donde no haya Agentes pueden tambien dirigirse al expresado Sr. D. Alfredo Orillac en *Panamá*, acompañando al pedido una letra de 3 libras esterlinas, 75 francos ó de 15 pesos fuertes, á la órden de dicho señor, y serán inmediatamente servidos.

CUENTOS FANTÁSTICOS Y POESÍAS,

POR

D. MANUEL JORRETO Y PANIAGUA.

(Albacete, 1873.)

Los lectores de LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA y de *La Moda Elegante Ilustrada* conocen ya las bellas producciones de la rica imaginacion del señor Jorreto y Paniagua, poeta inspirado y escritor laborioso, que tiene el raro valor de caminar con planta segura, desentendiéndose de ese frio realismo que produce el ejercicio de la abogacía, por la espinosa senda del arte.

Como dice muy acertadamente su ilustrado *epilogista*, D. Leopoldo Pardo, lo nuevo, lo raro, lo difícil son los inquilinos perpétuos de su genio; lo grande, lo noble, lo moral, el constante latido de su corazon.

Ojeando sus *Cuentos fantásticos* y estudiando detenidamente sus *Poesías*, llega el lector á convencerse de que es tambien exacto este otro dicho del mismo epilogista: su autor vive con el arte, y con el arte duerme; sueña escenas de poesía delicada, y se despierta con la inspiracion de un cuadro.

Aquéllos, los *Cuentos fantásticos*, escritos sin pretensiones, y quizás algun tanto hiperbólicos, pero basados siempre en la moral más pura, son el mejor reflejo de una imaginacion atrevida y fecunda; éstas, las poesías, son ecos fieles de caridad, de amor filial, de agradecimiento.

El cuento *La Campana de Ofelia* es lindísimo; *La Lámpara de la ermita*, no ménos bello, envuelve un pensamiento elevado; *Los Ocillos de hilo* y *Las Lágrimas de Filéida*, son, como los anteriores, y como todos los de la coleccion, excelentes muestras de una inventiva pasmosa y de una moralidad perfecta.

Entre las poesías más selectas debemos mencionar *La Historia de un ángel*, *Las Lámparas*, *El Humo del incienso*, *El Árbol seco* y algunos preciosos cantares.

Sentimos que la falta de espacio no nos permita copiar aquí alguna sentida composicion del libro del señor Jorreto y Paniagua, que es, aunque pequeño, una hoja de gran valía para la corona que á su autor prepara el arte, y cuya lectura recomendamos á nuestros benévolos suscritores.

Los Sres. Suscritores que quieran recibirlo, pueden enviar en sellos de franqueo ó libranzas diez reales vellon, al Administrador de *La Moda Elegante Ilustrada*, Carretas, 12, Madrid.

ANUNCIOS.

COMPAÑÍA DE VAPORES CORREOS HAMBURGO-AMERICANOS,

PARA HABANA Y NEW-ORLEANS.

Saldrá de Santander del 7 al 8 de Febrero (salvo impedimento imprevisto) el vapor

VANDALIA.

Precios de pasaje de Santander á

	HABANA.	NEW-ORLEANS.
	Reales.	*Reales.*
Primera cámara	2.640	2.640
Tercera id.	800	870

Representantes en España, Echegaray y Compañía, Santander.

LEY DE ENJUICIAMIENTO CRIMINAL ESTABLECIENDO EL JURADO.—Edicion que comprende el texto oficial de la ley de Enjuiciamiento, con notas de referencia, la constitucion y los artículos de la ley del poder judicial que se necesitan consultar para la aplicacion de la nueva ley. Se sirve por 8 rs., franco de porte, por *El Consultor de los Ayuntamientos*, Carretas, 12, Madrid.

MADRID.—IMPRENTA DE MANUEL MINUESA.